

RELATOS POPULARES: *EL BOFETON.*

De repente, tras un recodo del camino, me cerró el paso el cortejo. Jamás el espectáculo de la muerte me produjo más ruda e intensa emoción.

El cadáver, tendido de espaldas en una especie de camilla hecha con dos maderos sobre los cuales se habían cruzado algunas ramas de boldo y arrayán, era conducido en hombros por cuatro campesinos jóvenes y vigorosos, cuya marcha descompasada imprimía a la fúnebre carga sacudidas tan violentas, que me parecía a cada instante ver al difunto deslizarse de su féretro y rodar en el polvo espeso y blanco de la carretera calcinada por el sol.

¡Qué extraño cortejo aquél! El traje mortuario del cadáver consistía en una camisa hecha jirones y un par de calzoncillos de lienzo que apenas llegaban a las rodillas. Los pies enormes, anchos, terrosos, conservaban aún las ojotas del vagabundo. Como aquel muerto de que nos habla Gorki, iba también con la cabeza descubierta, cara al sol.

Puse mi caballo al paso y traté de indagar algo sobre el difunto, interrogando a los labriegos. Mas, sus respuestas incoherentes satisficieron sólo a medias mi curiosidad. La causa de la poca precisión de sus noticias era muy simple. Sendas botellas asomaban sus cuellos por los bolsillos de sus chaquetas cortas de huaso: iban borrachos perdidos.

Sin embargo, de sus embrolladas contestaciones pude comprender que el muerto había llegado en la noche al rancho de uno de ellos y que al día siguiente lo encontraron sin vida cerca del fuego. Nada sabían del nombre y profesión del desconocido. Ni siquiera de dónde venía ni adónde se encaminaba. El huésped, a pesar de su repugnancia, no pudo menos que hacerse cargo del entierro y, mediante la oferta de una botella de aguardiente a cada uno, encontró aquellos tres mocetones que le ayudaran en la faena.

Desde lo alto de la montura podía contemplar a mi sabor el cadáver.

Era un viejo cuya nariz larga de una delgadez extrema, dividía en dos la faz amarilla y apergaminada. Los ojos vidriosos percibíanse por entre los párpados mal cerrados. La mandíbula inferior, caída un tanto sobre el pecho, dejaba al descubierto la negra cavidad de la boca desdentada, horrible. Un enjambre de moscas revoloteaban encima de aquella cabeza coronada de largos y enmarañados cabellos grises. Y un tábano que hacía rato hostigaba tenazmente a mi cagaladura, se posó de improviso en la frente del difunto y paseó por ella su grueso cuerpo matizado de rojo. Cuando me preparaba para asustarlo con la extremidad de la huasa, levantó el vuelo y desapareció en la atmósfera caliginosa con la velocidad del relámpago.

Empezaba una pendiente y los conductores hicieron alto para descansar. Colocada en el suelo la camilla, extrajeron de las faltriqueras las botellas y aplicándoselas a los labios quedaron un momento inmóviles con la vista clavada en el cielo. Después de beber, el más joven avanzó dando traspies en mi dirección y levantando en alto la botella dijome con voz entrapajosa:

— ¿Un traguito, patrón?

Le hice señas rechazando el convite. Se volvió haciendo una pirueta y acercándose a la camilla, profirió, mientras vertía el líquido en la boca del muerto:

— Tome un trago, compadre, y caliente el cuerpo. Esto da coraje y si el Diablo quiere refrescarlo con plomo derretido, le hace un guapo y lo agarra por los cuernos.

La ocurrencia fue celebrada por todos con grandes carcajadas.

Indignado por aquella odiosa profanación, clavé las espuelas al caballo, y huasca en alto, avancé hacia los sacrílegos, dispuesto a castigarlos como merecían. Pero, con la rapidez del rayo dos de ellos se avalaron sobre las varas y tiraron de ellas echando a rodar el cadáver por el suelo y juntos con los otros que se habían armado de piedras, esperaron a pie firme la acometida. Tiré de las riendas y reflexioné. La ventaja no estaba de mi parte y me limité a afearles su acción con las más enérgicas expresiones. Luego los amenacé con dar aviso a la autoridad si no recogían el cuerpo y lo llevaban al cementerio para darle la debida sepultura.

A pesar de la embriaguez de que estaban poseídos, obedecieron, aunque a regañadientes. Rehecha la camilla, tendieron encima de las ramas el cadáver cubierto de pies a cabeza con un blanco sudario de polvo, y después de afirmar nuevamente las varas sobre los hombros, la comitiva, escoltada por mí, prosiguió la interrumpida marcha a través de las desnudas y rojizas lomas, bajo un sol de fuego.

Excitados por el alcohol y por aquella atmósfera sofocante, los conductores de la camilla cantaban a voz en cuello. Sus báquicas canciones resonaban lúgubre y siniestramente en la callada y solemne soledad de los campos. El difunto, sacudido violentamente en todo sentido, amena-

zaba a cada paso descolgarse del féretro, lo cual me obligaba a no apartar de él la vista, temeroso de presenciar otra escena como la anterior.

De repente, y, mientras uno de los conductores, el mismo que había profanado el cadáver, perdido el tino por la locura alcohólica, profería las más espantosas blasfemias, el muerto alzando la diestra la dejó caer sobre la boca del maldiciente, con tal fuerza, que la sangre saltó a borbotones, en rojas oleadas de la nariz y los labios hendididos por la terrible rudeza del choque.

Un grito ronco, inarticulado, se escapó del pecho del herido, cuyos ojos casi fuera de las órbitas contemplaban el brazo vengador y amenazante que colgaba de la camilla como dispuesto a repetir el golpe.

Ante aquella espantable visión, galvanizado por el miedo hiqué involuntariamente las espuelas al caballo, el cual dando un bote hacia adelante que estuvo a punto de derribarme, se desbocó galopando furiosamente en el camino desierto, en el que sus ferrados cascos resonaban como el redoble del trueno. Cuando pude por fin sujetarlo y volver atrás, encontré la camilla y el cadáver abandonados en tierra. Me empiné en los estribos y miré en derredor, buscando a los desaparecidos conductores, y, después de un instante de observación, los distinguí fuera de la carretera, en plena campiña, huyendo como ciervos perseguidos por una jauría de lebreles. Ningún obstáculo los detenía en su vertiginosa carrera. Fosos, cercas, matorrales eran salvados con agilidad pasmosa. El del bofetón iba un poco distanciado de sus compañeros, quienes, de vez en cuando, volvían la cabeza para mirar atrás y algo muy pavoroso debían ver sus ojos porque redoblaban la velocidad, pareciendo no tocar con sus pies al suelo. Tal vez la vista del rostro ensangrentado de su camarada aguijoneaba su terror con el recuerdo del extraordinario suceso, o quién sabe si tomaban a su rezagado compañero por el muerto mismo que les iba a los alcances.

Después de haberlos perdido de vista y pasada ya la primera impresión que me produjo el acontecimiento, empecé a reflexionar sobre lo sucedido, buscando una explicación. Recordé que al muerto, a consecuencia sin duda del golpe que recibiera cuando para apoderarse de las varas y agredirme lo hicieron rodar por el suelo, se le desprendieron los brazos que llevaba cruzados encima del pecho; y para volverlos a su sitio, hubo que oprimir la diestra con la siniestra que había conservado su rigidez. Luego, con los vaivenes que la desigual marcha de los conductores imprimía al cadáver, nada más sencillo que la mano resbalase poco a poco hasta que de pronto un movimiento brusco de la camilla soltó el brazo del todo, cayendo como una rama que se desgaja sobre el rostro del blasfemo, que iba precisamrnte a la derecha del difunto, el cual era conducido con los pies hacia adelante. Sin embargo, a pesar de lo satisfactoria que yo estimaba esta explicación, sentí que dejaba en mi espíritu un vacío y una interrogación. ¿Por qué a ése y no a otro, por qué aquella precisión para golpearlo en la boca? ¿Era casualidad, sólo casualidad?

Y, mientras galopaba en dirección al pueblo más cercano para dar aviso de lo ocurrido y recogiese el cadáver que dejaba a mis espaldas, abandonado a las aves de rapiña, seguía interrogándome:

¿Prodigio, casualidad, azar?

Y el camino solitario y la campiña desolada me respondían con su elocuente silencio.

El Mercurio, 25 de enero de 1907